



Universidad
Nacional
de Rosario

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

“Agresividad y Violencia, miradas posibles desde el psicoanálisis”

Modalidad de presentación: Investigación bibliográfica

Autora: Olivero Casanovas, Chiara María

Dni: 39052820

Legajo: O-5070/9

Email: kiaolivero@gmail.com

Docente responsable: Del Ponte, Javier

Docente del TIF: Cánaves, Agustina

Agradecimientos

En primer lugar quiero agradecer a mi familia que siempre me apoyó en la decisión que tomé de elegir esta carrera y que confiaron en mí. Además de ser un sostén para poder formarme profesionalmente.

A mis amigos tanto los que hice dentro de la facultad como por fuera que, desde el afecto me acompañaron en este camino a veces bastante sinuoso.

A mi tutor Javier que desde el minuto uno siempre me escuchó y aportó las palabras necesarias para seguir adelante y compartirme un poco de su saber.

A mi docente del espacio TIF, Agustina, que intervino en las propuestas del trabajo, y supo guiarme en esta etapa final.

A mis gatos, Negro y Frida, quienes estuvieron siempre acompañándome en la escritura.

A la Universidad Pública que hizo todo esto posible y que me permitió ser una persona distinta a la que ingresó en el 2014.

Gracias.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
Presentación de la Investigación	5
OBJETIVOS	7
Objetivo General	7
Objetivos Específicos	7
CAPÍTULO I: La metapsicología desde Sigmund Freud	8
La agresividad como constitutiva del yo	8
Violencia y agresividad ¿Sostén del Otro?	10
CAPÍTULO II: Las coordenadas propias de Jacques Lacan	13
La agresividad en el campo del amor y de la transferencia	15
CAPÍTULO III: Esclarecimientos de la conformación del yo desde la posición de Melanie Klein	17
CONCLUSIONES	20
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	22

Resumen

El presente escrito aborda, bajo la modalidad de investigación bibliográfica y desde una posición epistémica psicoanalítica, tanto las similitudes como diferencias de los conceptos de violencia y agresividad, tomando como referente teórico a Jacques Lacan y haciendo una lectura sobre Sigmund Freud y Melanie Klein en relación a esos conceptos. Se pretende generar antecedentes que permitan ampliar el campo teórico en torno a esta temática y que este trabajo sea un recurso en la práctica clínica. Se comienza por la diferenciación entre los conceptos de violencia, agresividad, intención o tensión agresiva. Para ello, se hace una articulación con el estadio del espejo como formador del yo y el narcisismo. Se analiza la agresividad en dos escenas: el amor y la transferencia en sus diferentes modalidades y formas de funcionamiento. Se concluye sobre la importancia de que se produzca la intención o tensión agresiva para diferenciar al yo de un otro, que es, a su vez, sostén de la noción de espacio en la dualidad imaginaria. Ya que la tensión o intención agresiva es la que propicia el sostenimiento del lazo con el otro y, a su vez, la diferenciación.

Palabras claves: *Psicoanálisis, violencia, agresividad, narcisismo.*

INTRODUCCIÓN

Presentación de la Investigación

El presente escrito se enmarca en la elaboración del Trabajo Integrador Final de la carrera de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario. En este trabajo, se abordarán los conceptos de Violencia (s) y Agresividad, explorando cómo se entrelazan en el psicoanálisis y, más específicamente, en la clínica, utilizando como base los principios fundamentales de la metapsicología.

Dado que resulta inabarcable revisar toda la bibliografía relacionada con estos conceptos, se seleccionarán textos clave de Freud correspondientes a la segunda fase de su teoría, es decir, aquellos escritos a partir de 1920. Asimismo, se analizarán los conceptos de agresividad en Lacan, con especial atención a "La agresividad en psicoanálisis" de 1948 y "La tópica de lo imaginario" de 1948. Esta selección de textos no es arbitraria, sino que responde a la necesidad de abordar la problemática planteada y articular las perspectivas de estos autores. Además, se incluirá a Melanie Klein como autora fundamental, dado que su obra permite explorar cómo estos conceptos se estructuran desde las primeras etapas del desarrollo psíquico.

La pregunta central de este trabajo se formula desde una perspectiva teórica y epistemológica basada en el psicoanálisis, utilizando como categorías de análisis el proceso defensivo y la dualidad imaginaria. Estos conceptos son relevantes para la clínica, especialmente en el contexto actual, caracterizado por una profunda fractura social, incertidumbre sobre el futuro y un sujeto cada vez más desprovisto de herramientas para enfrentar las dificultades de la vida cotidiana. La ruptura de lazos sociales y la caída de ideales han generado un aumento en la violencia.

Los conceptos de violencia y agresividad se actualizan y reformulan en cada época, pero mantienen ciertos fundamentos metapsicológicos constantes. Por esta razón, se examinarán estos conceptos en relación con el sujeto, entendido como un sujeto del inconsciente atravesado por un discurso que siempre proviene de un Otro. Se analizará cómo, desde los primeros momentos de formación del aparato psíquico y los registros real, simbólico e imaginario, estos conceptos se entrelazan y qué lugar ocupan en el sujeto.

La autora Leonore Walker (1979) propone el concepto de Círculo de la Violencia para explicar lo que ocurre en las relaciones donde el hombre maltrata a la mujer. Walker identifica tres fases en la violencia que se desarrollan en espiral, con una progresión de menor a mayor tensión. Este concepto abre una serie de interrogantes: ¿dónde se sitúa el sujeto en este círculo? ¿Es posible pensar en un sujeto en este contexto? Si hablamos de un círculo ¿existe una salida? ¿Dónde se encuentra la salida? Al considerar este ciclo de violencia, emerge la noción de compulsión a la repetición. La reiteración de actos violentos sugiere una ganancia de placer, no en un sentido consciente, sino como una repetición inconsciente reprimida.

Freud aclara el concepto de compulsión a la repetición, lo cual permite analizar lo que insiste en el sujeto y lo que está en juego en su psique. Este concepto clínico se manifiesta en el análisis, donde se recrea una secuencia primaria del infante, actualizándose, aunque no siempre de la misma manera, pero con algo del sujeto involucrado. Freud sostiene que "El enfermo (...) se ve forzado a repetir lo reprimido como vivencia presente, en vez de recordarlo (...)" (1974a, p.18), lo que sugiere que el contenido es un fragmento de la vida sexual infantil.

Respecto a la agresividad, se utilizarán los escritos de Jacques Lacan mencionados previamente, partiendo de su definición: "La noción de una agresividad como tensión correlativa de la estructura narcisista en el devenir del sujeto" (Lacan, 2002b, p. 101). En este sentido, se observa una dualidad entre el yo y el semejante en el estadio del espejo, donde la imagen reflejada genera una relación ambivalente entre agresividad y erotismo, una identificación narcisista que opera dentro del orden imaginario. En contraste, la violencia se sitúa en el orden simbólico. En "La

agresividad en psicoanálisis" de 1948, Lacan vincula la agresividad con el malestar en la cultura, un punto de convergencia con Freud.

A lo largo del texto, se explorarán las categorías de narcisismo, principalmente desde J. Lacan, compulsión a la repetición, dualidad imaginaria. Se considera que esta problemática es de gran relevancia para la psicología, ya que su profundización podría servir como recurso para los analistas en la clínica, dada su manifestación en los sujetos y en la comunidad. Por lo tanto, se adoptará una modalidad de escritura basada en la investigación bibliográfica, realizando una lectura crítica de diversos autores y adoptando una postura clara, con el objetivo de aportar una interpretación novedosa y relevante al campo del psicoanálisis.

OBJETIVOS

Objetivo General

Analizar los conceptos de violencia y agresividad desde las coordenadas lacanianas, en los textos freudianos y kleinianos.

Objetivos Específicos

Recopilar referencias en torno a los conceptos de violencia y agresividad en textos freudianos y kleinianos.

Establecer diferencias entre violencia y agresividad a partir del material bibliográfico recopilado.

Reflexionar sobre la posible relación entre violencia, agresividad y narcisismo.

CAPÍTULO I: La metapsicología desde Sigmund Freud

La agresividad como constitutiva del yo

Para iniciar este apartado, se tomará como base la metapsicología propuesta por Sigmund Freud, quien a lo largo de su obra revisó y modificó algunos de sus conceptos fundamentales. En este recorrido, nos centraremos en su segunda tópica, donde introduciremos nociones claves como las pulsiones de vida y de muerte.

En este mundo contemporáneo, marcado por transformaciones en los estilos de vida y formas de síntomas, propias de los malestares actuales y la construcción de sujetos cada vez más individuales, es importante señalar que Freud (1972b) define la pulsión como una fuerza constante que actúa desde el interior del cuerpo, situándose en un límite entre lo psíquico y lo somático.

Siendo así, para poder explicitar el desarrollo del autor, se tomarán algún textos tales como “Pulsiones y destinos de pulsión”, “Más allá del principio de placer”, “Psicología de las masas y análisis del yo”, “El problema económico del masoquismo”, “El malestar en la cultura” y “¿Por qué la guerra?”

Cuando hablamos de metapsicología, se hace referencia al corpus teórico con el que Freud comienza a dar sustento al psicoanálisis, esto no está vinculado explícitamente a una experiencia práctica u observación clínica. La metapsicología se ubica como un entrecruzamiento entre las dimensiones dinámica, tópica y económica; pilares fundamentales del funcionamiento del inconsciente. Si bien suele confundirse el término de metapsicología con el de clínica, en el recorrido del presente trabajo se verá un entrecruzamiento constante entre ambos. Esto quiere decir que no se puede hacer clínica sin una metapsicología y viceversa, ya que necesariamente una no es sin la otra. Freud sostiene que:

La pulsión nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal (1972b, p.117).

Tal es así que se puede sostener que el concepto de pulsión es fundamental para pensar la agresividad, ya que en el recorrido bibliográfico de Freud se encuentran varias referencias que permiten inferir que se van formando conexiones entre ambas; conexiones en el sentido de un recorrido pulsional en el aparato anímico, ya que es una mediación entre lo psíquico y lo corporal y es un nexo para la vinculación con un otro.

Por otro lado, Freud (1972b) establece que la pulsión tiene varias dimensiones que se interrelacionan: esfuerzo, meta, objeto y fuente. Respecto al esfuerzo, el autor refiere que es el factor motor, al fragmento de actividad de la misma. En relación a la meta, lo vincula con la satisfacción que quiere alcanzar la pulsión. El objeto es hacia dónde quiere llegar la pulsión y su satisfacción. Por último, la fuente hace referencia a un órgano o parte del cuerpo, es decir a un proceso somático. Entonces, aquí vemos que la pulsión tiene una meta y diferentes objetos para la satisfacción, y que cada una tendrá un recorrido propio. Cabe mencionar que los destinos de la pulsión pueden ir cambiando a lo largo de su desarrollo; en este sentido, Freud sostiene que puede darse el trastorno hacia lo contrario, la vuelta hacia la persona propia, la represión y la sublimación.

El punto que nos interesa para el recorrido de este escrito, lo encontramos en el destino de trastorno hacia lo contrario. Allí se habla de un sadismo originario, que desde el comienzo se dirige a un objeto; en palabras de Freud (1972b) “Pulsiones y destinos de pulsión”: “el sadismo consiste en un acción violenta, en una afirmación de poder dirigida a otra persona como objeto” (p.123). Por consiguiente, coexisten en el

ulterior desarrollo de la mudanza pulsional tanto las metas activas y pasivas y se da una ambivalencia entre ambas que se traducen en amor-odio.

En “¿Por qué la guerra?”, Freud (1974c) nos esclarece sobre dos pulsiones: las sexuales o eróticas que quieren conservar y reunir al ser humano; y las pulsiones de agresión o destrucción que querrían destruir y matar. Sin embargo, se puede ver como la pulsión de muerte cuando es dirigida hacia afuera, al mundo exterior, deviene pulsión de destrucción. En el texto mencionado, el autor hace de la pulsión de muerte y destrucción sinónimos, como conceptos que son lo mismo y actúan de la misma manera pero no lo son, ya que la pulsión de destrucción es dirigida hacia objetos y procura al yo una satisfacción de las necesidades vitales, además del dominio sobre la naturaleza.

En relación al contexto histórico, el texto mencionado se refiere específicamente a la Primera Guerra Mundial (1914-1918), la cual dejó profundas secuelas en todos los niveles. En ese mismo periodo, Estados Unidos atravesaba lo que se conoce como la Gran Depresión económica y en Alemania, poco después, Hitler asumiría el poder, instaurando su dictadura y ejecutando su plan de exterminio contra los judíos y otras minorías. Cabe destacar que Freud, de origen judío, debió exiliarse en Gran Bretaña debido a esta persecución. Si bien lo mencionado no es el enfoque central del presente trabajo, resulta de vital importancia recuperar cómo la violencia y la agresión alcanzaron niveles inimaginables.

Dicho esto, es preciso mencionar la interrelación con el concepto de narcisismo, ya que, al comienzo de la vida, todas las pulsiones se satisfacen de manera autoerótica, es decir en el propio cuerpo, para que luego se exterioricen. En este sentido, Freud (1972b) sostiene que “(...) el yo se encuentra originariamente, al comienzo mismo de la vida anímica, investido por pulsiones, y es en parte capaz de satisfacer sus pulsiones en sí mismo. Llamamos narcisismo a ese estado, y autoerótica a la posibilidad de satisfacción (...)” (p.129).

En los primeros años de vida, la satisfacción es dirigida hacia el propio cuerpo, ya que aún no se ha establecido una separación clara con el mundo exterior, el cual es indiferente para el sujeto. Durante esta etapa, el yo coincide con lo placentero y se rige por el principio de placer. Sin embargo, este proceso no sigue un orden cronológico lineal, sino que se trata de algo estructural que no sigue etapas o edades de forma ascendente.

A medida que el mundo exterior comienza a ser percibido como una fuente de estímulos que generan displacer, el sujeto lo rechaza. Es en este punto donde comienza a estructurarse el yo en su dimensión imaginaria y para que esto se logre de forma exitosa, resulta necesario que el vínculo con el mundo exterior se dé de forma hostil, ya que será lo que le permita al sujeto continuar en su proceso de diferenciación con el mundo exterior, el cual le produce insatisfacción.

Para que el sujeto pueda formarse como tal, debe separarse de ese Otro que al comienzo tomó como referencia para no quedar dentro del terreno de lo patológico. Si el sujeto no se separa, forma una simbiosis que no le permite separarse. Al respecto, Freud (1972b) sostiene:

El odio es, como relación con el objeto, más antiguo que el amor; brota de la repulsa primordial que el yo narcisista opone en el comienzo al mundo exterior prodigar de estímulos. Como exteriorización de la reacción displacentera provocada por objetos, mantiene siempre un estrecho vínculo con las pulsiones de la conservación del yo, de suerte que pulsiones yoicas y pulsiones sexuales con facilidad pueden entrar en una oposición que repite la oposición entre amar y odiar. (p.133).

En este sentido, es importante aclarar que no se busca equiparar odio y agresión, ya que son conceptos diferentes. No obstante, en los primeros momentos, ambos convergen de manera similar, pero posteriormente se bifurcan hacia objetos distintos. El odio, en particular, se presenta como un factor necesario al inicio del

desarrollo psíquico, permitiendo la separación del sujeto de sí mismo y el reconocimiento del mundo exterior como algo ajeno y distinto. Lacan (2008) denomina este proceso la "etapa del cuerpo fragmentado". Este concepto será abordado con mayor profundidad en el próximo apartado.

La agresión es un destino que puede llegar a tomar la pulsión, similar a como se da en el odio. La diferencia entre ambos radica en que la agresividad encuentra su freno en la cultura y el odio apunta a la aniquilación. Es decir, para que la sociedad sea un espacio en donde los sujetos puedan coexistir, la agresión tiene que tener un cese. Freud (1974b) sostiene: "por consiguiente, la cultura yugula el peligroso gusto agresivo del individuo debilitando, desarmándolo, y vigilando mediante una instancia situada en su interior, como si fuera una guarnición militar en la ciudad conquistada" (p.120). En este sentido, aunque el odio sea la antítesis del amor, resulta necesario para la constitución del yo imaginario, ya que ambos sentimientos mantienen una ambivalencia en su relación con los objetos.

Violencia y agresividad ¿Sostén del Otro?

El presente apartado parte de una pregunta que se considera fundamental, sobre todo teniendo en cuenta los tiempos convulsos que corren: ¿La agresividad actúa como sostén del otro? Dicha pregunta invita a reflexionar en torno a lo planteado anteriormente, ya que como se ha mencionado, se puede vislumbrar que hay algo constitutivo en el yo referido a la violencia y agresividad.

Freud dice al respecto:

Hablamos también de la "atracción" que ejerce el objeto dispensador de placer y decimos que "amamos" al objeto. A la inversa, cuando el objeto es fuente de sensaciones de displacer, una tendencia se afana en aumentar la distancia entre él y el yo, en repetir con relación a él el intento originario de huida frente al mundo exterior emisor de estímulos. Sentimos la "repulsión" del objeto, y lo odiamos; este odio puede después acrecentarse convirtiéndose en la inclinación a agredir al objeto, con el propósito de aniquilarlo. (1972b, p.131)

A lo largo de los textos mencionados, se ve cómo Freud equipara y hay una confusión con los conceptos de agresividad, odio, repulsa, destrucción. Todos parten de la premisa fundamental que generan displacer. La repulsa es tomada como una operación del aparato psíquico; la agresión sería el odio llevado a la destrucción, odio como realizado; el odio apunta a una repetición y se vincula justamente a la pulsión de muerte; y la destrucción implica violencia.

Para poder esclarecer esos conceptos, se toman las coordenadas de Lacan de esa relación imaginaria del yo, el Otro y su imagen especular. Se forma un tipo específico de relación que es lo que va a permanecer a lo largo del tiempo. Lo que se mantiene en esta relación, es la identificación con la *imago* del Otro que establece una relación del organismo con su realidad mediatizada por el deseo del Otro. Pero esto no quiere decir que se produzca de una manera pacífica.

Es en este momento que también se conforma el narcisismo primario. Al respecto Lacan (2002a) sostiene:

Pero ella ilumina también la oposición dinámica que trataron de definir esa libido a la libido sexual, cuando invocaron instintos de destrucción, y hasta de muerte, para explicar la relación evidente de la libido narcisista con la función alienante del yo *[je]*, con la agresividad que se desprende de ella en toda relación con el otro (...). (p. 104)

Lo que interesa destacar con la cita anterior es la vinculación de la constitución del yo entrelazada con la agresividad. Ella se vuelve necesaria para que el narcisismo se constituya en el sujeto, para diferenciar el ideal de yo y el yo ideal, que es lo que va a dar en el campo imaginario la noción de espacio.

Con respecto a lo anterior, Lacan plantea que ese ideal del yo que se va formando en el narcisismo funciona como un regulador que indica la posición desde la cual el yo puede verse y reconocerse en el otro. Es decir que en el otro puede verse el yo. Justamente, porque el desarrollo del yo consiste en una pérdida (alejamiento) del narcisismo primario. El yo se constituye sobre el apoyo de la relación imaginaria.

El yo ideal se forma perdiendo ese narcisismo primario, es decir el amor de sí mismo, del *infans* sobre su propio cuerpo y el del otro. El ideal del yo entonces es el otro en tanto hablante, que tiene una relación simbólica con el sujeto.

Lacan (2004) nos esclarece lo siguiente en el seminario "*Los escritos técnicos de Freud*" "(...) el ideal del yo dirige el juego de relaciones de las que depende toda relación con el otro. Y de esta relación con el otro depende el carácter más o menos satisfactorio de la estructuración imaginaria" (p.214).

En el narcisismo, se produce una identificación, que se puede definir como narcisista. Esta identificación le permite situarse en una relación imaginaria y libidinal con el mundo. Al respecto, Lacan dice (2004) "(...) el sujeto ve su ser en una reflexión en relación al otro, es decir en relación al ideal del yo". (p.193).

En correlación con esto, Freud a lo largo de su obra, plantea la dualidad de las pulsiones y va cambiando las referencias hacia las mismas. La pulsión es un concepto fundamental en la metapsicología, ya que es lo que da el motor al aparato psíquico. Esto nos da una pauta de que, primero, hay una relación estrecha entre lo anímico y lo somático. Es decir que, todo lo que sucede en el exterior, sea placentero o displacentero, va a repercutir en el aparato psíquico y que éste siempre quiere mantenerse en un estado de nirvana, con la menor cantidad posible de estímulos. Pero esta tensión que genera displacer y el aparato psíquico tiende a mantener sin estímulos, es ineliminable, ya que tiene que ver con el mundo y los otros, es decir, lo que nos rodea.

Es por ello, que al inicio se plantea una dualidad entre las pulsiones sexuales y las pulsiones de autoconservación o yoicas. Las primeras representan los intereses de la especie, es decir, a la reproducción; mientras las segundas representan al conjunto de necesidades ligadas a lo corporal, indispensables para la conservación de la vida. Estas últimas también tienen la función de ser agentes de la represión. En esta primera teoría de las pulsiones, las primeras responden al principio de placer, es decir a la satisfacción de las mismas en relación a lo sexual. Y las segundas responden al principio de realidad oponiéndose al deseo consistente en la autoconservación individual.

Freud reconoció desde el principio la presencia de tendencias agresivas, aunque en sus primeros planteamientos no las diferenciaba claramente. Consideraba que era un error atribuir la agresividad a una única pulsión, ya que entendía que formaba parte intrínseca de la actividad pulsional en general. Para él, cualquier pulsión podía volverse agresiva, puesto que la agresividad constituye un componente parcial de la pulsión en sí misma.

En este sentido, Freud propone que a partir de la introducción del narcisismo se forma una polaridad entre el amar y el odiar. Como se dijo anteriormente, esto va a coincidir con las satisfacciones o displacer de las pulsiones. Entonces, todo lo que sea placentero para el yo va a coincidir con el amor y todo displacer que provenga del mundo exterior va a coincidir con el odiar y hay una repulsión en cuanto al objeto. Tal es así, que en su texto "*Pulsiones y destinos de pulsión*" (1972b) sostiene que "(...) sentimos la repulsión del objeto, y lo odiamos; este odio puede después acrecentarse convirtiéndose en la inclinación a agredir al objeto, con el propósito de aniquilarlo (...)" (p.131). Llegados a este punto, se puede observar cómo Freud no habla específicamente de la violencia como tal, pero incluye poco a poco algunas aristas que nos permiten conceptualizarla. En este aspecto, se podría ubicar esta violencia más antigua en estrecha vinculación con las pulsiones de conservación del yo.

En esta cita, se puede entrever que el otro, que también es tomado como objeto, es fuente de malestar, porque la agresividad no deja de ser un componente inherente a la

cuestión pulsional y se encuentra en la dimensión amorosa. Esto se va a explicar más adelante.

Es recién en 1920 cuando Freud, a través de su obra "*Más allá del principio de placer*", realiza una distinción entre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte. Aquí, se equipara el amor con la ternura y el odio con la agresión. En un primer momento de su escrito, equipara las pulsiones yoicas con las pulsiones de muerte y las pulsiones sexuales igualadas a las pulsiones de vida.

Esta comparación se debe a la relación existente entre el principio de nirvana y el principio de constancia del aparato psíquico. Esto significa que, como se mencionó previamente, el aparato psíquico busca mantenerse con el menor nivel posible de excitación o en un estado de excitación constante, lo que le permite alcanzar un equilibrio; a esto se le denomina principio de constancia. Por otro lado, el principio de nirvana se refiere a la tendencia del aparato psíquico a reducir toda excitación a un nivel cero que, como se dijo anteriormente, es imposible. Sucede así, porque el displacer no se puede anular completamente, ya que el otro y el lazo con ese otro también es causante de displacer. Pero el otro es ineliminable, ya que si se elimina al otro, se elimina al yo del sujeto y no queda establecida la relación yo-tú.

En el texto de Freud (1974b) "El malestar en la cultura", también se encuentra una correlación entre la violencia, el otro, el mundo exterior y el propio cuerpo. Es decir que encuentra la agresividad en distintas escenas y cómo funcionan en cada una. Aclara que:

Desde tres lados amenaza el sufrimiento; desde el cuerpo propio, que, destinado a la ruina y la disolución, no puede prescindir del dolor y la angustia como señales de alarma; desde el mundo exterior, que puede abatir sus furias sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, despiadadas, destructoras; por fin, desde los vínculos con otros seres humanos. (p.76)

En el párrafo anterior, el autor es bastante claro en la diferenciación de lo que produce malestar y angustia en el sujeto y cómo eso entra juego para que la agresividad se vislumbre. También se puede ver que la agresividad en cada momento opera distinto.

Sin embargo, se encuentra que Freud, en el recorrido de sus textos, hace una equiparación y se confunden los conceptos entre el mundo exterior, el otro y los objetos. Para él, en determinado punto, son iguales. Siguiendo el recorrido del texto, nos esclarece que:

(...) En consecuencia, el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo. (1974b, p.108)

Aquí se ve claramente cómo, para Freud, la agresividad se encuentra en la dotación pulsional y sostiene el vínculo con los otros. Además, se explicita al otro como una forma de aplicar esa agresividad. Sin embargo, la agresividad encuentra un freno en la cultura porque, la misma, le exige al sujeto límites y/o renunciadas pulsionales por el bien de la comunidad. Se produce una sustitución del poder del individuo por el bien de la comunidad.

Avanzando un poco más en las lecturas de los textos de Freud y volviendo en el recorrido temporal, es pertinente para el presente recorrido, avanzar con el texto "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa", ya que se puede hacer una correlación entre el concepto de degradación, edipo y constitución del objeto amoroso. Esto nos sirve para mostrar las diferencias de los conceptos agresividad y violencia.

En su texto, Freud dice que:

(...) el principal recurso de que se vale el hombre que se encuentra en esa escisión amorosa consiste en la *degradación* psíquica del objeto sexual, al par que la sobrestimación que normalmente recae sobre el objeto sexual es reservada para el objeto incestuoso y sus subrogaciones. Tan pronto se cumple la condición de la degradación, la sensualidad puede exteriorizarse con libertad, desarrollar operaciones sexuales sustantivas y elevado placer. (1972a, p. 177)

A lo largo de su texto, Freud plantea que la libido (energía sexual) tiene dos corrientes, la tierna y la sensual. La tierna corresponde a las primeras vivencias del *infans* y se ha formado sobre la base las pulsiones de autoconservación y es dirigida a las personas del círculo de crianza del mismo. Por lo tanto, corresponden a la elección infantil primaria del objeto y tiene una íntima correlación con las pulsiones yoicas.

La corriente sensual se desarrolla en la etapa de la adolescencia del sujeto y toma los objetos de la elección infantil primaria, siendo más intensos. Pero aquí surge un nuevo problema, ya que se encuentra con la barrera del incesto. Esto quiere decir que no se puede libinizar a las personas de la crianza. Entonces esa corriente sensual se redirige a objetos en los que sí se pueda cumplir la relación sexual, pero tomando las *imago*s infantiles, en donde se constituyó la corriente tierna. En este punto, confluyen la corriente tierna y sensual y así se elegirá al objeto sexual que será por fuera del padre y de la madre.

Lo que resulta importante señalar es que se conformaron dos objetos sexuales. Por un lado, la madre y, por otro, el objeto en donde se puede realizar el acto sexual. Esta es una diferenciación muy importante, porque en el sujeto marca un corte entre la madre y la mujer que se desea.

Sucede que hay dos factores que pueden irrumpir en el curso normal de las elecciones de los objetos sexuales: la frustración (denegación) y la impotencia. Como vemos, estas operaciones suceden luego de la salida del complejo de edipo, en donde se asume que ya hubo una elección de objeto.

Lo que interesa remarcar de esos dos factores es el concepto de denegación, ya que vimos anteriormente que es una operación del aparato psíquico como defensa que, a menudo, se confunde con los conceptos de agresividad y violencia. En la degradación, se realiza una distancia fundamental con los objetos, en los que el sujeto reconoce a la madre diferenciada de la mujer. Es decir, la mujer a la que se ama y la mujer a la que se desea son figuras que operan de manera diferente.

Vemos aquí que hay una correlación directa con el concepto de agresividad, ya que ella también opera como una diferencia, una distancia para que el sujeto reconozca como diferenciado esos objetos, es decir la madre y la mujer.

CAPÍTULO II: Las coordenadas propias de Jacques Lacan

Para comenzar el presente apartado, se considera pertinente retomar el capítulo VII del Seminario 1 de Lacan, titulado *La tóptica de lo imaginario*. Allí, el autor presenta la experiencia del "ramillete invertido", estableciendo una comparación entre el campo de la óptica y la constitución del yo en su dimensión imaginaria. Aquí, Lacan (2002a) explora la relación entre las imágenes ópticas y los registros imaginario, simbólico y real. Algunas de estas imágenes son subjetivas, a las que denomina virtuales, mientras que otras son reales y se comportan como objetos. Tal es así, que el autor sostiene que "podemos producir imágenes virtuales de esos objetos que son las imágenes reales. En este caso, el objeto que es la imagen real recibe, con justa razón, el nombre de objeto virtual" (p.124). Lo expuesto por Lacan nos revela que a cada punto en el espacio real, le corresponde un punto en el espacio imaginario y lo fundamental es el lugar de la posición del ojo, ya que dependiendo desde qué punto se mire, se darán distintas imágenes y perspectivas.

La formación del yo se construye a partir de una escisión respecto del mundo exterior, lo cual requiere que el yo se diferencie del otro de manera hostil,

conformándose como algo distinto. Esto implica la necesidad de delimitar lo propio de lo ajeno. En este proceso, la agresión es fundamental para que el yo pueda separarse del otro y establecer su propio espacio. Lacan sostiene que este yo, en un principio, se identifica imaginariamente y aliena a la imagen del Otro. Luego, se separa de ese Otro por vía de la agresividad y permite la diferenciación. Esta identificación ocurre cuando el sujeto percibe el cuerpo total del otro y se percibe como parte de esta totalidad, y a partir de esa imagen, construye una representación unificada de su propio cuerpo. Sin embargo, esta identificación puede tomar dos caminos, ser alienante y quedar capturado en el Otro, o permitir al sujeto salir de esa alienación y producir una separación de la imagen de totalidad y no quedar capturado en esa imagen.

Siendo así, la agresividad funciona de separación, pero también como sostén en la relación del vínculo con el otro, permitiendo que opere la diferencia.

En simultáneo con la formación del yo, también se va a ir conformando el narcisismo. Esto, tanto para Freud como para Lacan, es un punto necesario para el desarrollo en todos los sujetos. Entonces puede verse que el narcisismo es un punto fundamental del desarrollo, porque es el que va a poner un corte en la delimitación del espacio. A través de esos avatares en la conformación del narcisismo, va a posibilitar soportar al otro y la constitución tanto de su espacio como el del otro.

Como se mencionó anteriormente, Lacan elabora el ejemplo del ramillete invertido para explicar que, a cada punto dado en el espacio real, le corresponde un punto en el espacio imaginario. Según lo propuesto por este autor, en este ejemplo, se pone en juego el estadio del espejo, el cual nos sirve para visualizar cómo se va conformando el dominio real e imaginario del cuerpo, considerando al cuerpo como una totalidad. Así, se establece una primera distinción entre lo que pertenece al yo y lo que no; un yo que, en estos términos, es imaginario. En este sentido, Lacan retoma al yo narcisista planteado por Freud.

En correlación con esto, Del Ponte (2022) plantea que “si hay agresividad, hay relación especular con el otro. Dicho de otra manera, no puede pensarse a la agresividad por fuera de la relación del yo con el otro” (p.2). Aquí, se esclarece que es a través del ejemplo tomado desde la óptica que Lacan pone en juego distintos conceptos que van a ir conformando el yo y el sostenimiento del lazo a través de la agresión. Entonces la agresividad supone que haya dos sujetos y que ambos en determinados momentos pueden volverse “tú”.

En este aspecto, la propia imagen en el espejo permite tanto identificarse como separarse del otro y allí es donde entra en juego la agresividad, ya que a través de estas *imago*s (imágenes) que proyecta, se ven las intenciones agresivas que permiten la diferenciación.

Lacan nos dice que:

A la Urbild de esta formación, aunque alienante por su función extrañante, responde una satisfacción propia, que depende de la integración de un desorden orgánico original, satisfacción que hay que concebir en la dimensión de una dehiscencia vital constitutiva del hombre y que hace impensable la idea de un medio que le esté preformado, *libido* “negativa” que hace resplandecer de nuevo la noción heraclíteana de la Discordia, considerada por el efesio como anterior a la armonía. (2002b, p.120).

Cuando hablamos del psicoanálisis, desde la perspectiva de Lacan, quiere decir que el sujeto se construye por y en la comunicación verbal y lo que vale aquí es el sentido, como un sujeto se manifiesta en la intención del otro pero aquí mismo se juegan los errores de esa lectura de los significantes y los sentidos que se le adjudican.

Vemos que la agresividad nace en el *infans* al darse la relación especular y narcisista. En los comienzos del *infans* el cuerpo funciona como un cuerpo fragmentado. Esto quiere decir que tiene la sensación de que los movimientos de las distintas partes de su cuerpo funcionan de manera independiente. Hay una

descoordinación motriz y una dependencia total del Otro (figuras de cuidado) que le provee nutrición, cuidados y va marcando el cuerpo con sus propios deseos y significantes.

La sensación de ese cuerpo fragmentado se resuelve y se unifica en el estadio del espejo, donde la primacía de la *imago* materna es reemplazada por la *imago* del semejante.

Al respecto, sostiene Lacan (2002a):

El estadio del espejo es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación; y que para el sujeto, presa de la ilusión de la identificación espacial, maquina las fantasías que se sucederán desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta una forma que llamaremos ortopédica de su totalidad, y hasta la armadura por fin asumida de una identidad alienante, que va a marcar con su estructura rígida todo su desarrollo mental (p.102).

La vivencia del cuerpo fragmentado, que luego marcará la unificación, también produce lo que Lacan denomina “agresividad primordial”, la cual va a partir de los celos del otro como semejante, es decir que esa imagen del otro como semejante también es peligrosa. Tal es así, que esta intención agresiva es constitutiva y sostén del yo mientras que la agresión propiamente dicha sería la expresión de lo pulsional puesto en acto.

En este sentido, la agresividad se configura desde las primeras experiencias de ese *infans*, en el desarrollo de su psiquis y subjetividad, ya que la *imago* del semejante aparece como intrusiva, lo que obliga al sujeto a rivalizar con ella. Esta situación genera una ambivalencia entre el amor y el odio. En este proceso, aunque el otro es necesario, lo es también la diferenciación con respecto a él. Aquí, la agresividad surge a partir de este dominio imaginario del cuerpo, percibido como una unidad, pero también como un espacio donde se pueden manifestar atipias y accidentes.

Las atipias hacen referencia a lo que el sujeto no puede incorporar o asimilar en el registro simbólico y los accidentes son los eventos o acciones que el sujeto no puede anticipar y/o registrar y que tampoco son incorporados al registro simbólico. Y esto puede conllevar a que en el sujeto se formen posiciones discursivas como psicóticas o perversas. Cuando se nombra al registro simbólico, se hace referencia al campo de la palabra y, por lo tanto, de los significantes.

La agresividad en el campo del amor y de la transferencia

La manifestación de la agresividad surge también como modo de ruptura, como un modo de diferenciar el propio cuerpo del cuerpo del otro y no caer en una alienación total en la imagen del otro. En el Complejo de Edipo, se vuelven a reactivar esos componentes agresivos y aparece la figura parental como objeto de deseo. Así se produce una relación triangular entre sujeto, objeto y semejante, donde también ingresa la alteridad (el otro como diferente a ese sujeto) e introduce los rasgos culturales provocando así una salida posible a los celos, la agresividad y la ambivalencia mediante una identificación que proveerá no quedar atrapado en esa relación especular. Lacan (2002b) dice, en sus *Escritos 1*, “(...) así la identificación edípica es aquella por la cual el sujeto trasciende la agresividad constitutiva de la primera individuación subjetiva (...)” (p.121). Son los aspectos fallidos del Complejo de Edipo los que dan sustento a esta agresividad y la misma se ve plasmada en las regresiones de la libido.

En 1913, Freud escribe “Tótem y Tabú”, allí retoma el acontecimiento mitológico de la horda primitiva, y elabora la idea de que, cuando se produce el asesinato del padre por parte de sus hijos, esto da sentido a la culpabilidad. Luego, estos impulsos agresivos son sublimados a los fines de la convivencia en comunidad.

Lacan (2002B) al respecto dice en “*La Agresividad en Psicoanálisis*”: “Pero lo que nos interesa aquí es la función que llamaremos pacificante del ideal del yo, la conexión de su normatividad libidinal con una normatividad cultural, ligada desde los albores de la historia a la *imago* del padre” (p. 101).

El recorrido que sigue aquí está centrado en el texto mencionado anteriormente y en el cual, tomando las coordenadas de Lacan, se hará una aproximación y también un alejamiento con la teoría freudiana. Cuando se interpreta el recorrido bibliográfico de este último, vemos que la agresividad es la actuación o efecto de la pulsión de muerte exteriorizada; en Lacan es un poco más complejo, ya que utiliza la teoría del narcisismo y del yo para poder explicar la agresividad.

La agresividad podría ser una tensión o una intención, o un acto del yo que se constituye en el estadio del espejo como efecto de la estructura alienada del yo. Pero en la conformación de ese narcisismo, la relación con el otro es agresiva.

Cuando se produce esa identificación a la imagen del otro se da la alienación constitutiva en donde se forma la dualidad imaginaria, es decir el espacio propio y del otro. Esto no se da de una forma completa, ya que la salida del complejo de edipo es fallida, porque si hay una destrucción completa del otro, el yo también se destruye; por consiguiente, para que pueda mantenerse esa diferencia, hay pacificadores de la agresividad y una tensión agresiva. Si “yo es otro”, el otro puede tomar el lugar, es “tú o yo” y esa salida se da por vía de la agresividad que en este caso sería la tensión agresiva.

¿Cuáles serían los pacificadores? La formación de la culpabilidad y el ideal del yo. Se produce una tensión o intención agresiva diferente a la agresión como acto. Es necesario que esa tensión o intención agresiva se sostenga, porque es la que va a producir y mantener la distancia, el alejamiento entre el yo y el otro.

La tendencia agresiva camufla la agresividad en actos sutiles, en otras palabras, es la expresión de la pulsión puesta en acto hacia el otro. Por ejemplo, cuando en el estadio del espejo se da la rivalidad con el padre y produce celos con el semejante. Cabe mencionar que esos celos, se presentan como efecto y afecto de las pasiones.

Siguiendo un poco más la lectura del texto, Lacan establece un vínculo entre la agresividad y la técnica del análisis, conectando su perspectiva con el concepto freudiano de compulsión a la repetición. Señala que “es la participación en su mal lo que el enfermo espera de nosotros” (2002b, p.112), lo que pone de manifiesto el papel que desempeña la agresividad del paciente hacia el analista en la escena analítica. Esta dinámica es fundamental para generar la transferencia negativa, que Lacan denomina “nudo inaugural del drama”. Se utiliza el término “nudo” porque en este proceso el paciente pone en juego sus propias resistencias y fantasmas, aspectos clave en su recorrido hacia la cura. Al respecto, Lacan sostiene:

Este fenómeno representa en el paciente la transferencia imaginaria sobre nuestra persona de una de las *imago*s más o menos arcaicas que, por un efecto de subducción simbólica, degrada, deriva o inhibe el ciclo de tal conducta que, por un accidente de represión, ha excluido del control del yo tal función y tal segmento corporal, que por una acción de identificación ha dado su forma a tal instancia de la personalidad. (2002b, p.112).

A partir de esto, se deduce que la intención agresiva en el análisis reactualiza las *imago*s infantiles que, producidas en la infancia, permanecían reprimidas en el inconsciente.

En este sentido, encontramos que la agresividad también está presente en el campo del amor y en la escena analítica en la transferencia, aunque de otra manera.

En la pulsión sexual, vemos que se degrada al objeto y la exteriorización de la misma se sostiene, pero camuflada en otras escenas y hace síntoma dentro de las posiciones neuróticas. Lo mismo ocurre en la transferencia. Es decir, que se produce lo que se llamó anteriormente intención agresiva.

En otro orden de cosas, Lacan dice que en la transferencia:

Podemos casi medirla en la modulación reivindicadora que sostiene a veces todo el discurso, en sus suspensiones, sus vacilaciones, sus inflexiones y sus lapsus, en las inexactitudes del relato, las irregularidades en la aplicación de la regla, los retrasos en las sesiones, las ausencias calculadas, a menudo en las recriminaciones, los reproches, los temores fantasmáticos, las reacciones emocionales de ira, las demostraciones con finalidad intimidante (...) (2002b, p.109)

Se puede vislumbrar, entonces, que de esa ambivalencia estructural de la que hablaba Freud entre el amor y el odio, hay una relación del sujeto entre el erotismo y la agresividad porque él equipara el odio con la agresividad sin hacer una distinción entre esos conceptos.

Sin embargo, se puede marcar una tajante diferencia con el concepto de violencia, ya que es un término más coloquial y se expresa como agresión propiamente realizada en un otro. Pero en la cita anterior, al hacer referencia al vínculo terapéutico entre analista y paciente, se vislumbra esa intención agresiva pero enmascarada, es decir que el sujeto la actúa en transferencia.

Podría pensarse qué haría el analista con esa agresividad en la escena analítica, porque, como se vio anteriormente, es la intención agresiva la que se pone en juego y se camufla como acto. Una respuesta posible será que la función que podría ejercer el analista es poner en juego la agresividad en el análisis para ver en qué modos se expresa y a qué o quiénes hace referencia, teniendo en cuenta que el sujeto reactualiza esas *imago*s inconscientes. Así, el analista sería un medio y no el fin de esa intención agresiva.

CAPÍTULO III: Esclarecimientos de la conformación del yo desde la posición de Melanie Klein

El presente capítulo se centra en los lineamientos propuestos por Klein en relación a la conformación del yo en el *infans* y del aparato psíquico. Ella es una figura clave de la Escuela Inglesa de Psicoanálisis, dedicó parte de su vida al estudio de las primeras etapas del desarrollo infantil. A pesar de las conocidas divergencias con Sigmund y Anna Freud, en sus teorías se encuentran algunos puntos de convergencia notables. Un ejemplo de ello es la concepción de la pulsión de muerte. Al igual que Sigmund Freud, Klein postula que esta pulsión se manifiesta desde las primeras etapas de la vida, impulsando tanto la autodestrucción como la agresión hacia los objetos externos. Si bien para Freud esta pulsión tiende a reducir a cero toda excitación; aunque se ha expresado que eso es imposible, primeramente se dirige hacia dentro, como autodestrucción y luego se dirige al exterior en forma agresiva. En este sentido, Klein aporta una nueva dimensión a esta idea al vincularla estrechamente con el desarrollo del yo y los mecanismos de defensa que, según ella, comienzan a estructurarse desde el nacimiento. Esto se evidencia cuando el *infans* está en la etapa de juego y es agresivo para con los objetos que toma y en el juego mismo.

Sin embargo, es notable la diferencia con Lacan en relación al concepto de agresividad, ya que Melanie lo equipara a la pulsión de muerte y lo enlaza con la formación de la angustia.

Al respecto, Klein postula la existencia de dos posiciones fundamentales en el desarrollo temprano: la esquizo-paranoide y la depresiva. Estas posiciones, más que etapas evolutivas, son estructuras mentales que se configuran en función de las relaciones objetales, las ansiedades predominantes y los mecanismos de defensa característicos de cada una. En este marco, introduce las nociones de 'pecho bueno' (gratificador) y 'pecho malo' (frustrador), nociones que se introyectan y pasan a formar parte del yo en relación a las posiciones mencionadas. Estas representaciones duales

surgen de las primeras interacciones con el objeto materno, donde los impulsos de amor coexisten con fantasías destructivas. La autora también establece una relación respecto a la satisfacción de esas experiencias o al displacer de las mismas, sosteniendo que se da una agresión asociada a esas frustraciones que perturban la satisfacción. En este sentido, cabe mencionar a Winnicott (2015) quien sostiene que “Klein desarrolló la idea de que el impulso de amor primitivo tiene un fin agresivo; al ser despiadado, lleva consigo una cantidad variable de ideas destructivas no afectadas por la preocupación del otro” (p. 26).

A través de sus distintos escritos, Klein va explicando el desarrollo del yo y sus distintos mecanismos y defensas. Toda su teoría se basa en esos dos conceptos fundamentales: el pecho bueno y el pecho malo. Por consiguiente, los mecanismos que ella va tomando para la construcción del yo son la introyección y la proyección que se da en relación a los objetos. La proyección se origina por la desviación hacia el exterior del instinto de muerte y la introyección es lo que toma, lo que incorpora el niño. Desde el principio del desarrollo, el impulso destructivo se dirige hacia el objeto (el pecho de la madre). Luego, el impulso destructivo se transforma en ataques violentos hacia el propio cuerpo que van a posibilitar, en el *infans*, la conformación del mundo exterior y de la realidad. Respecto a lo anterior, Klein afirma lo siguiente:

La negación de la realidad psíquica sólo se hace posible a través de fuertes sentimientos de omnipotencia, característica esencial de la mente infantil. La negación omnipotente de la existencia del objeto malo y de la situación dolorosa equivale, en el inconsciente, a la aniquilación por medio del impulso destructivo. (2015b, p.16).

Es decir, cuando se produce esa frustración y se cataloga a ese objeto como malo, se produce, en el inconsciente, ese impulso destructivo, violento. En un primer momento, ese impulso va dirigido hacia la madre y, luego, hacia el cuerpo propio como continuación del pecho. De este modo, ya queda inscripto en la realidad psíquica el impulso violento que va formando parte de ese yo. Porque no solamente se produce esa relación con el objeto, sino que se escinde una parte del yo y forma parte de él.

Sin embargo, esto no quiere decir que en un futuro se produzca un sujeto violento, sino que son momentos propios del desarrollo. Está más ligado a posiciones de poder, fuerza y conocimiento. Esto tiene una estrecha concordancia con el narcisismo que se mencionó anteriormente, ya que son partes del yo que se van constituyendo en el mismo desarrollo. Por lo tanto, la posición esquizo-paranoide refiere a los primeros meses de vida del *infans* (0-6 meses) en el que el yo aún se encuentra débil, fragmentado, escindido y dividido. La relación con los objetos será parcial y en base al pecho bueno o malo, dependiendo de la gratificación que le produce o si lo amenaza y es odiado. Se produce esta diferenciación en base a las pulsiones de vida y de muerte, cuando esta última se proyecta al exterior y la coloca sobre un objeto externo original que es el pecho.

Ese pecho se evidenciará como malo y amenazador, en donde se irán conformando los sentimientos de persecución. Por lo tanto, una parte que no fue proyectada y permanece en el yo se introyectarán, convirtiéndose en agresión dirigiéndola al perseguidor.

Simultáneamente, actúa en el yo la pulsión de vida para establecer una relación con ese objeto, el pecho. Lo que se deduce es que se dará una relación tajante entre ese pecho bueno, que provee gratificaciones, que el niño se siente amado y alimentado; y ese pecho malo o privativo que le produce agresión y querrá evitarlo. Cuanto más se identifica el yo al ideal de su objeto, menos mecanismos de defensas utilizará y este yo podrá tolerar más esa agresión y sentirla como parte de sí.

El pasaje a la posición depresiva se dará cuando el yo pueda vivenciar experiencias buenas sobre las malas y no prevalezcan los objetos perseguidores, es decir, cuando la pulsión de vida prevalezca sobre la de muerte. La posición depresiva

tiene lugar entre los 6-12 meses del *infans* y el yo se encuentra mejor estructurado e integrado.

Ya no se da una relación tajante entre los objetos buenos y malos, sino que prevalece una ambivalencia entre ellos. El *infans*, puede tolerar mejor la pulsión de muerte en su interior y entiende que el objeto de amor es el mismo que el objeto de odio; es decir que toma al objeto como una totalidad. El objeto ya no es el pecho solamente, sino que comienza a reconocer a la madre como totalidad proveedora de gratificaciones e insatisfacciones.

En esta etapa, se da una ansiedad depresiva que es el temor a perder ese objeto por la propia agresión que se desarrolla en la etapa anterior. Pero la diferencia, con la etapa anterior, reside en que el yo al estar más estructurado y organizado, responde con un sentimiento de culpa y querrá revertir esa situación, es decir, inhibir esas pulsiones agresivas.

Siguiendo el recorrido bibliográfico, se considera que la similitud entre Klein y Lacan radica en que ambos postulan una ambivalencia estructural en la formación del aparato psíquico, es decir, la ambivalencia fluctuante entre el amor y el odio.

Klein lo equipara en relación al pecho bueno o malo que se forma en las fases tempranas del desarrollo, pero no logra hacer una diferenciación entre la agresividad y el odio, sino que en su teoría, son sinónimos. Así, equipara los componentes agresivos al poder, potencia, fuerza y conocimiento.

Sin embargo, también postula que en la formación del yo se encuentran elementos agresivos. Nos dice que “La relación con otra persona basada en la proyección en ella de partes malas del yo, es de naturaleza narcisista, porque también en este caso el objeto representa fuertemente una parte del yo” (Klein, 2015b, p. 22).

Siguiendo con la cita anterior, también se encuentra la semejanza en relación al concepto de narcisismo. Tanto para Lacan como Klein es un operador fundamental en la producción de la agresividad y se podría decir que también en las tendencias agresivas.

Otra similitud entre las obras de los autores citados anteriormente, es el papel decisivo en el vínculo transferencial. Melanie Klein (2015b) dice que: “Como sabemos, bajo la presión de la ambivalencia, el conflicto y la culpa, el enfermo escinde a menudo la figura del analista: entonces éste puede ser, a veces amado y a veces odiado “ (p. 28). Ella lo equipara a las reacciones del sujeto basado en su desarrollo temprano en relación al pecho bueno y malo. Por su parte, para Lacan se reactualizan las tendencias agresivas en el vínculo con el analista y se actúa frente a él.

CONCLUSIONES

En este trabajo integrador final se abordó la investigación, desde J. Lacan, de algunos textos de S. Freud y M. Klein dado que, por un lado, son fundamentales para el psicoanálisis en la práctica clínica. Por el otro, ambos trabajan nociones que interesan para reflexionar acerca del odio, la violencia y la agresividad. Asimismo, cabe aclarar que se pretendió realizar una conceptualización y diferenciación de las nociones de violencia, agresividad y odio pertinentes a la práctica clínica, sin caer en una apreciación moral de estas.

Sin embargo, en el recorrido de esta investigación bibliográfica, se intentaron marcar los puntos en los que los autores coinciden y en los que se alejan de la definición de distintos conceptos. Para ello, se realizó un recorte del material, ya que abarcar la totalidad de sus trabajos se hace una tarea imposible para este escrito.

Se comenzó el escrito haciendo un recorrido sobre el concepto de pulsión desde Freud y cómo fue cambiando hasta llegar a la teoría de la pulsión de muerte. Se encuentra que el autor equiparaba los conceptos de odio, agresión, violencia usándolos como términos semejantes. Lo que se esclareció es que la agresión es un destino que puede tomar la pulsión y que la agresividad apunta a la aniquilación total del objeto, pero encuentra su freno en la cultura.

Desde las coordenadas lacanianas, lo que se propuso es que la agresividad se puede dar en varias escenas con diferentes modos de funcionamiento. En primer lugar, se sitúa el Estadio del espejo, en el que se produce la constitución del yo y del narcisismo. Aquí se encontró una similitud entre los distintos autores, ya que todos afirman la vinculación de la agresividad con la formación del yo.

Entonces, en esa constitución alienante del yo se produce una tensión agresiva necesaria para el vínculo "yo-tú". Allí se produce una distancia entre el yo y el otro que es regulada por el ideal del yo. Este ideal del yo actúa como pacificador de esa agresividad. El otro pacificador que se encuentra es el de la formación de la culpa. A diferencia de la agresividad, la violencia (resulta un término más coloquial) se mostraría como una agresión propiamente realizada. Se llega a esta deducción a través de que Freud plantea la agresividad como inherente a la cuestión pulsional y el otro puede ser también fuente de malestar.

Siguiendo un poco el desarrollo, se encuentra que la intención agresiva se da en el campo del amor y de la transferencia. Aquí hay un punto de semejanza entre Lacan y Freud, ya que este último propone que, en el campo del amor, es decir de la pulsión sexual, se encuentra la degradación. En esa degradación, se puede leer algo de la agresividad y es distinto de la pulsión de muerte. En esta última, se camufla la agresividad y produce síntomas. Lo mismo ocurre en la escena transferencial, puesto que el sujeto actúa en su propio espacio analítico los efectos de esa tensión agresiva sobre el analista.

En el capítulo dos, se muestra cómo la agresividad permite la distancia con el otro, es decir, no quedar capturado en la imagen del otro. Entonces, en un primer momento, se produce la identificación a la imagen del otro, pero luego hay una separación que se da vía la agresividad. Aquí la agresividad funcionaría tanto en términos de separación, pero también de sostén en la relación con el otro. Es inherente al vínculo con el otro, porque sostiene la diferencia.

En el capítulo tres, se hace una diferenciación entre tensión y tendencia o intención agresiva diferenciándola de la agresión como una conducta observable. Como se expresó anteriormente, en el estadio del espejo, se produce una identificación a la imagen del Otro, la alienación constitutiva. Para que se produzca la diferencia entre el yo y el tú, se vuelve necesario un recorte de la imagen del Otro vía la agresividad. La tensión agresiva, que sostiene el lazo con el otro, y por ello la distancia, es soporte de la noción de espacialidad.

La decisión de tomar a Melanie Klein como una figura central de esta investigación bibliográfica fue porque ella escribe explícitamente sobre la influencia de la

agresividad en la constitución del yo en el *infans* en los primeros meses de vida y sobre cómo a través de la construcción de la agresividad se forman los mecanismos de defensa. En este sentido, Klein establece dos posiciones estructurales para la constitución del psiquismo: la posición esquizo-paranoide y depresiva que van a reflejar la forma de vinculación y mecanismos de defensas predominantes en el *infans*.

También se ubicó una similitud entre el modo en que Lacan entiende la agresividad en el vínculo transferencial (la intención agresiva) con lo que Klein observa como reactualización de la agresividad con el terapeuta. Sin embargo, su teoría se basa en la distinción entre el pecho bueno y malo.

Finalmente, queda como pregunta abierta para venideros trabajos la influencia del concepto de compulsión a la repetición sobre la agresividad en la práctica clínica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Del Ponte, J. (14 de diciembre de 2022). *La crueldad del otro*. Polvo. Recuperado de <https://www.polvo.com.ar/2022/12/del-ponte-crueldad/>
- Freud, S. (1972a). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II). En: *Obras completas de Sigmund Freud Volumen XI* Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1972b). Pulsiones y destinos de pulsión. En: *Obras completas de Sigmund Freud Volumen XIV* Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1974a). Más allá del principio de placer. En: *Obras completas de Sigmund Freud Volumen XVIII* Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1974b). El malestar en la cultura. En: *Obras completas de Sigmund Freud Volumen XXI* Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1974c). ¿Por qué la guerra?. En: *Obras completas de Sigmund Freud Volumen XXII* Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1979a). Psicología de las masas y análisis del yo. En: *Obras completas de Sigmund Freud Volumen XVIII* Buenos Aires: Amorrortu
- Freud, S. (1979b). El problema económico del masoquismo. En: *Obras completas de Sigmund Freud Volumen XIX* Buenos Aires: Amorrortu
- Klein, M. (2015a). *Amor, culpa y reparación*. Buenos Aires: Paidós
- Klein, M. (2015b). *Envidia y gratitud y otros trabajos*. Buenos Aires: Paidós
- Lacan, J. (2002a). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En: *Escritos, vol 1* Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores
- Lacan, J. (2002b). La agresividad en psicoanálisis. En: *Escritos, vol. 1* Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores
- Walker, L. (1979). *The battered woman*. Nueva York, USA: Harper and Row Publishers, Inc
- Winnicott, D. (2015). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Buenos Aires: Paidós